

INFIERNO EN LIBERIA

Texto y fotos: Jordi Raich

Catorce años de guerra han convertido Liberia en el segundo país más pobre del mundo. Una locura de sangre. Una sociedad rota, con 300.000 víctimas. Con un 80% de analfabetos, con sólo 30 médicos. Un testigo cuenta, a través de la gente de Monrovia, cómo se descompone el Estado que lleva el nombre de la libertad.

“Esta era la sala de juntas. Alrededor de una mesa de caoba nos sentábamos la elite capitalina, la mayoría descendientes de los esclavos liberados estadounidenses que fundaron Liberia en 1847.” Wesley Scott mira con nostalgia a través del ventanal, sin marco ni cristales, del segundo piso del Templo Masónico de Monrovia. Habla resignado a un destino que se le escapa de las manos. “La vida era dulce. Trabajaba como asesor financiero del presidente William Tolbert. Tenía una casa con jardín y un Ford. Los sábados jugaba a tenis y los domingos salía a pescar con mi barquita. Ahora vivo con mi mujer, mis ocho hijos y 6.000 personas más en las mismas habitaciones donde discutía con la gente más distinguida de la capital.” Wesley señala el pavimento de mármol. Entre las mantas y cachivaches de los refugiados desperdigados por el suelo se adivinan los símbolos de la logia masónica encastados en las baldosas. Al pie de columnas jónicas, carros de mujeres cargadas de bebés hierven harina de maíz repartida por las organizaciones humanitarias. La estancia huele a humo de carbón vegetal y a refrito de aceite de palma. “Era un lugar elegante. Hoy el Templo Masónico de Monrovia se ha convertido en el Templo de la Miseria liberiana”.

Desde la colina de Benson Street, el enigmático edificio domina las cuadriculadas calles del centro la capital. Cuando fue construido en 1963, Liberia era uno de los estados más estables de África. Catorce años de guerra civil han hecho de la república más antigua del continente uno de los lugares más peligrosos y desdichados del planeta. Cerca de 300.000 muertos, un millón de personas desplazadas, miles de mutilados y una sociedad rota. Aquellos que vivían cerca de una frontera huyeron a los países vecinos. Los que pudieron emigraron a Estados Unidos, Ghana o Gambia. Intelectuales y opositores se sumergieron en la clandestinidad. La colonia de comerciantes libaneses fue mermando, los servicios públicos dejaron de funcionar y el estado de existir. En la década de los 80 había 400 médicos en el país, ahora quedan menos de 30 en todo el territorio. El 80% de la población es analfabeta y sobrevive con menos de un euro al día. La esperanza de vida apenas sobrepasa los 40 años. En el Índice de Desarrollo Humano 2003 de las Naciones Unidas Liberia ocupa el puesto número 174, el penúltimo lugar del mundo.

“La guerra comenzó una fecha precisa, fácil de recordar”, cuenta Hilary Roberts, ex enfermera de una clínica privada cuyo propietario, un médico palestino, se cansó de tiros y asaltos y regresó a Jordania. “Fue la víspera del día de Navidad de 1989. En el mercado comentaban que un centenar de disidentes liberianos habían invadido el país desde Costa de Marfil. Pero estábamos demasiado ocupados con las compras para la fiesta del día siguiente y no hicimos caso de aquel ataque perdido en la selva”. Hilary detiene su memoria unos segundos para ofrecer un montoncito de cinco macarrones a un anciano que duda frente al mostrador de su tienda, una caja de cartón en la acera. El hombre acaba de salir de la oficina de Western Union de la esquina, donde una multitud pelea por entrar en la descalabrada sucursal con la esperanza de cobrar los giros enviados por los parientes que lograron hacer realidad el sueño nacional: escapar a Nueva York. El cliente piensa un instante y se marcha sin decir nada. “Entonces vivíamos bien. Esa Navidad cociné tres pavos rellenos de ciruelas para mis veinte invitados. Ahora vendo macarrones por unidades en medio de la calle. Piénsalo. Es ridículo. Un macarrón un dólar liberiano. La gente calcula un macarrón por persona para la sopa.” Otro cliente se acerca y se va.

Los disidentes de Hilary eran una mezcla dispar de exiliados y mercenarios parapetados tras el acrónimo NPFL (Frente Patriótico Nacional de Liberia). Su único denominador común era acabar con el régimen del dictador Samuel K. Doe, que había asumido el poder en 1980 después de asesinar al presidente Tolberg y ejecutar a todos sus ministros en la playa. Al mando del grupo estaba Charles Taylor, antiguo empleado del gobierno de Doe formado en Estados Unidos, país al que huyó tras ser acusado de malversar fondos públicos. Las autoridades de Washington lo encarcelaron en Massachussets a la espera de extraditarlo a Liberia. Nadie sabe cómo, Taylor escapó del presidio y se esfumó en África para reaparecer en 1989 al mando del NPFL. Fue el comienzo de la pesadilla. La barbarie se extendió por el país y la región, borrando a su paso vidas y generaciones.

Taylor llevó la guerra a Sierra Leona. A cambio de diamantes para financiar su campaña en Liberia y alimentar sus cuentas en paraísos fiscales, suministró armas y logística al temido RUF (Frente Revolucionario Unido). Sierra Leona respondió con el ULIMO (Movimiento Unido de Liberación), nueva guerrilla que sumó sus fuerzas a las del indisciplinado ejército de Doe. La sed de poder de los señores de la guerra provocó sucesivas escisiones dentro de los diferentes grupos, el número de bandas armadas creció sin cesar. Las tropas internacionales de paz, enviadas por la CEDEAO (Comunidad Económica de los Estados de África Occidental) en agosto de 1990, perdieron el rumbo y se convirtieron en una facción más del conflicto. Liberia era una olla a presión donde hervía un caldo de milicias mortífero con sabor a traición. Enemigos declarados conspiraron para aniquilar compañeros de armas con los que volvían a aliarse al cabo de unos meses. La mayoría indígena contra la influyente minoría americano-liberiana. Aborígenes gios y manos contra khrans y mandingos. Todos contra todos. El conflicto cobró vida propia, sin reglas ni límites, sin más objetivo que perpetuar la guerra como forma de vida.

“Mi nombre es Cobra, soy el comandante de este control”. El comandante Cobra tiene apenas trece años, peinado rasta, gafas de sol naranjas y la arrogancia de un veterano. Maneja la barrera de la guerrilla progubernamental que corta la salida norte de Monrovia. Cuenta su vida en cuatro palabras. “Las milicias de Taylor llegaron a casa y mataron a mis padres y hermanos. Como me quedé sin familia cogí un AK-47 y me uní a ellos. La milicia es mi familia”. Los subordinados de Cobra son criaturas como él, hijos de una guerra desalmada. En Liberia se estima que hay entre 10.000 y 15.000 niños soldado. En una búsqueda desesperada de identidad visten pelucas, bandanas, máscaras de submarinismo, sujetadores y cascos de motocicleta. Uno de sus accesorios favoritos son los osos de peluche, vestigio de una inocencia quizás no del todo perdida. El valor y el olvido los encuentran en sobredosis de marihuana y amuletos que les hacen inmunes a las balas. Todos son oficiales de rango y sus motes derrochan imaginación: capitán agua negra, bebé disidente, Jim el delgado, luna sangrienta, chaqueta metálica, general aprieta el botón... Pido a Cobra permiso para seguir adelante con mi vehículo. “Un momento”, responde. El niño se saca el porro de los labios y de la cintura descuelga un *walkie talkie* hecho de barro y madera. “Charlie uno, charlie uno para Cobra”. La serpiente espera unos segundos una respuesta imposible. “Ok recibido”. Cobra inhala el cigarrillo de hierba: “Puedes seguir adelante”.

En septiembre de 1990, Samuel Doe fue mutilado hasta la muerte frente a una videocámara por el líder rebelde Prince Johnson, ex aliado de Taylor. Los acuerdos de alto el fuego, las negociaciones de paz, los gobiernos de transición, las sanciones de las Naciones Unidas se sucedieron con mucha pompa y sin efecto alguno. Hasta que en 1997 Charles Taylor arrasó en unas elecciones certificadas por observadores internacionales.

“¡Claro que ganó!” Ramadán detiene el tableteo de la máquina de coser que da de comer a su familia desde hace tres décadas. Durante la estación lluviosa la instala cada mañana bajo las arcadas del saqueado Banco Nacional de Broad Street. Su nombre e indumentaria pregonan su pertenencia a la minoría musulmana. Habla con rabia no disimulada. “Ganó porque le votamos. Es culpa nuestra, de los liberianos. Nosotros elegimos de presidente al hombre que trajo la desgracia”. A su derecha está el negocio de Lansana, que no ha dejado escapar palabra del discurso de Ramadán. Vende jabones, espejitos de tocador, cuchillas de afeitar, lociones, pintalabios, linternas y pilas, todo Made in China. Los productos están primorosamente apilados en una carretilla verde que le sirve de bazar móvil. Las carretillas-tienda son muy populares en la empinada Monrovia, tanto que figuran en el reverso de los billetes de 20 dólares. Lansana aclara de entrada que llegó a la ciudad diez años atrás, después de perder a su mujer en la masacre que las fuerzas del gobierno perpetraron entre los desplazados hacinados en Harbel, una población 50 kilómetros al sur. Al principio limpiaba desagües a cambio de propinas, después tiró de los pesados carromatos de venta ambulante de agua potable, luego descargó azúcar en el muelle hasta que pudo comprarse la carretilla, claro símbolo de iniciativa empresarial. Precisa también que él es metodista, para nada musulmán. El largo preámbulo parece destinado a justificar una opinión diferente de la de Ramadán. “Lo de Taylor no fueron unas elecciones, fue un chantaje. No es culpa nuestra, no teníamos opción. Era o Taylor o más guerra”. Ramadán prefiere no discutir, dirige su mirada desgastada a los nubarrones plomizos que oscurecen el cielo: “¿Cuándo dejará de llover?”

Entre el comienzo de las hostilidades y su ‘democrática’ ascensión al poder, Taylor y sus aliados atacaron dos veces Monrovia. Los meses de abril de 1992 y de 1996, la capital fue bombardeada y desvalijada por las milicias del NPFL y los soldados del gobierno que se supone tenían que defenderla. Cinco mil civiles perdieron la vida. Los hermosos ríos y manglares que engalanan la metrópoli se llenaron de cadáveres. Pero el voto ‘útil’ de Lansana trajo de todo menos paz. Inteligente, agudo y con dotes oratorias de telepredicador, la magnética personalidad del presidente Taylor conquistó numerosos seguidores en un

país necesitado de consuelo. Entre discursos cargados de referencias bíblicas, Taylor construyó un régimen feudal, controlado por brutales cuerpos de seguridad bajo sus órdenes directas. La única función real del parlamento era mostrar lealtad y ensalzar la figura del dirigente. El presupuesto nacional fue remplazado por sus cuentas privadas. Las ridículas inversiones en educación o sanidad, incluso el pago de salarios a los funcionarios, dejaron de ser un deber de la administración para transformarse en obras de caridad presidenciales.

No tardaron en aparecer nuevos grupos rebeldes, en realidad los mismos de antes con diferente acrónimo y objetivo: derrocar a Taylor. En 2000, el LURD (Liberianos Unidos para la Reconciliación y la Democracia) invadió Liberia desde Guinea Conakry y ocupó la remota región de Lofa. Dos años más tarde los insurrectos estaban a 30 kilómetros de la capital. De Costa de Marfil llegó el MODEL (Movimiento para la Democracia en Liberia) que en apenas seis meses conquistó las provincias del sudeste. En mayo de 2003 el gobierno de Taylor había perdido el control del 80% del territorio. Entre junio y julio el LURD atacó Monrovia en tres ocasiones. La guerra llegaba por tercera vez a la capital. Una vez más aparecieron muertos en las calles mientras el puerto, la cervecería, los comercios, ministerios, cárceles, organizaciones humanitarias, gasolineras e iglesias eran saqueados por niños soldado drogados y civiles fuera de sí.

“Lo perdí todo en 1992, en 1996 y ahora en 2003. Todo: la casa, el coche, el almacén de arroz y las dos tiendas de herramientas”. El padre de Baz emigró a Monrovia en 1976, después de perderlo todo en Beirut, durante el conflicto del Líbano. Los libaneses comenzaron a llegar a Liberia a principios del siglo XX, su habilidad comercial pronto les convirtió en una influyente comunidad. “Muchos se han marchado a causa de la guerra, hace apenas una década éramos más de 10.000, hoy apenas quedamos 2.000”. Baz echa de menos aquellos tiempos. “Yo no pienso marcharme. En este país he ganado y perdido mucho dinero. Liberia es todo lo que tengo. Es la tercera vez que comienzo de cero y comenzaré una cuarta si hace falta”.

“Monrovia se desangra” proclama una pintada anónima en la tapia frente al oratorio de los Defensores de la Fe. La vida cotidiana que tanto añoran Baz, Hilary y Wesley se desmoronó de forma gradual. Las bombillas se apagaron doce años atrás. Los grifos se secaron hacia 1990. Nadie recuerda cuándo el ayuntamiento dejó de recoger las basuras. A pesar de las adversas condiciones, el avance de los combates forzó el crecimiento de una urbe en decadencia. De 300.000 habitantes censados a principios de los ochenta la ciudad pasó al millón y medio actual, la mitad de la población total. Los edificios públicos, instalaciones deportivas, escuelas, hospitales, hoteles, casinos y clubs de golf de Monrovia se vaciaron de funcionarios, jugadores, estudiantes, enfermos y turistas para llenarse de familias angustiadas a las que las armas obligaron a abandonar sus casas y tierras del interior.

El estadio Samuel K. Doe era el campo del Lone Stars, la selección nacional de fútbol. Hoy es un campo de desplazados. Las gradas y vestuarios que en otros tiempos alojaron entusiastas espectadores y estrellas del balón, incluido George Weah, son el único hogar de decenas de miles de personas. “En Liberia no hay guerra, aquí los soldados no luchan, sólo roban y violan”. Fatu Flomo duerme con su hija Sao en una esquina de lo que fue el restaurante del recinto. “En cuanto se acerca el enemigo las tropas saquean cuanto pueden y se retiran sin disparar. Después llegan los rebeldes y hacen lo mismo. Así una y otra vez”. Fatu nació en Yopie, un pueblecito de la zona central del país codiciada por su riqueza maderera. La segunda vez que las milicias de Taylor entraron en su casa mataron a su marido cuando trató de impedir que secuestraran a Miatta, la hija mayor del matrimonio. “La esperé durante semanas pero no volvió”. La historia de Fatu es la historia reciente de Liberia. “Abandoné Yopie porque temía que me quitaran a mi otra hija. Salimos a pie del pueblo en 1995. Cada vez que la línea del frente se aproximaba nos escondíamos en la selva. Pasamos mucho hambre. Llegamos a Monrovia en 1997”. Fatu ordena a Sao que vaya a hacer la cola del reparto diario de agua, donativo de la caridad internacional. En el estadio Doe en vez de atletas compiten una docena de ONG que, tras izar bien alto sus banderas en los mástiles de la entrada, atraen víctimas y periodistas con distribuciones de comida, medicamentos, cacerolas y lonas de plástico. “Vinimos a la capital para escapar de Taylor y entonces Taylor vino a la capital. Pero decidí quedarme a vivir en Monrovia, en Yopie no nos queda nada y es muy difícil vivir allí sin la protección de un hombre. Este año la guerra volvió a la ciudad. Los rebeldes del LURD ocuparon nuestro barrio y destrozaron nuestra chabola. Otra vez estamos sin hogar, es una pesadilla interminable”. Fatu hace ademán de levantarse. “Cada día ruego a Dios y a América que nos ayuden a salir adelante”.

La embajada estadounidense de Monrovia es el escenario tradicional de las manifestaciones en favor de la paz. La lluvia de morteros del reciente ataque obligó a más de un cuarto de millón de personas a buscar

amparo en el centro de la ciudad y provocó centenares de muertos civiles. Los supervivientes recogieron los cadáveres con mantas y los amontonaron frente a la puerta de la embajada. Una pancarta decía: “Bush estos son tus muertos”. Tras semanas de negociaciones en Ghana y tres devastadoras ofensivas rebeldes en menos de dos meses, el asediado presidente Taylor abandonó el país el 11 de agosto y se exilió en Nigeria. La CEDEAO envió de nuevo tropas de pacificación y gobierno y rebeldes firmaron un acuerdo que prevé elecciones en dos años y una fuerza de cascos azules de las Naciones Unidas.

Pero las manifestaciones frente a la embajada estadounidense continúan. “Todavía hay combates en el interior” afirma Mercy junto a un cartel que dice: “Queremos paz. No más guerra”. Mercy, profesora de geografía de una universidad sin alumnos, piensa como la mayoría de sus conciudadanos: “Liberia no vivirá en paz hasta que los americanos intervengan”. La mujer tiene una larga lista de razones para que George Bush no se desentienda de esta guerra. “Este país lo fundaron afro-americanos y lo llamaron tierra de los libres; Monrovia recibió su nombre en homenaje al presidente estadounidense James Monroe; nuestra constitución está copiada de la suya; Firestone hizo su fortuna con el caucho liberiano; fuimos la base de operaciones africanas de la CIA; mi hijo escucha música rap y mi hija quiere ser Madonna”. Mercy toma aire. “¿Qué más tenemos que hacer para que Bush se dé cuenta que Estados Unidos es nuestro hermano mayor y que queremos que nos proteja?” La profesora derrocha energía, se aleja unos pasos y grita: “Queremos paz como en Estados Unidos”.